

A Boni le llamaba mucho la atención el que dentro del actual término municipal de Rentería existieran dos «islas», dos enclaves, pertenecientes a San Sebastián: Landarbaso (o Landerbaso) y Oberón (u Oberán). Y obtuvo copias de mapas en los que claramente se veía su situación.

Movido por la curiosidad por el tema, en 1973 se entrevistó con dos autoridades en asuntos históricos: don Manuel de Lecuona y don Fausto Arocena. Obtuvo, cómo no, interesantes pistas, pero no la respuesta definitiva, la explicación rotunda. Lo que sí quedaba claro era que el nombre del lugar era Landerbaso, el cual etimológicamente hace referencia a «bosque» y «pobre» o también a «bosque» y «extranjero» según otras versiones.

Y monté mi teoría con la cual le daba la lata a Boni. ¿No podía ser que el nombre de Landerbaso en cierta época perteneciera a una zona—Ventas de Astigarraga o Perurena, como ahora se denomina—situada en la ruta jacobea que atravesaba nuestro suelo? Es el eslabón que falta entre el camino de cabalgaduras—Zamalbide—y Santiagomendi. No parece aventurado pensar que esta zona fuera paulatinamente perdiendo su calidad de bosque—«baso»—y que en su retirada arrastrase el otro componente del topónimo—«lander»—que bien puede aplicarse al peregrino, extranjero y de pobre aspecto, que llega al lugar después de salvar un importante desnivel. De este modo, el nombre de Landerbaso vendría a ponerse sobre una zona que ya tenía el propio: Aitzbitarte.

En su interés por el tema, Boni contactó con un descendiente de uno de los caseríos de la zona, el cual afirmaba conocer el paradero de documentos que podían dar luz sobre el tema. Pero un desgraciado acontecimiento impidió el poder continuar por esta línea de investigación.

Tras un paréntesis, nuevamente volvió a preocuparnos el asunto. Resultó que encontrándome yo en la Hemeroteca Nacional, en la madrileña calle de San Agustín, buscando una noticia relativa a Rentería, publicada en un ABC de principios de siglo, me encontré por sorpresa con la portada de esta publicación correspondiente al 21 de agosto de 1903 y cuyo texto se reproduce junto a este trabajo.

También por aquella época dimos con una noticia publicada en La Voz de Guipúzcoa del 24-12-89, que decía: «La república de Landarbaso ya no existe. La comisión de límites de San Sebastián, en su última excursión consiguió para nuestro Ayuntamiento el dominio de aquella villa, que como es sabido, vivía con la independencia de una verdadera República».

Este y otros motivos de conversación, la mayoría referidos a Rentería, hicieron que en muchos casos nos olvidáramos del tiempo. Por eso cuando Boni el 2-12-83 me dedica un trabajo suyo, escribe: «Para Esteban, el que hablando de libros, escritos y de OARSO, hace que vaya a casa siempre tarde».

Boni nunca abandonó su interés por saber por qué dentro del término renteriano existen los enclaves citados de Landarbaso—o Landerbaso—y Oberón—u Oberán—. Sin embargo, era consciente de que quizá en todo lo escrito hasta la fecha hubiera más de fantasía literaria que de exactitud histórica. Lo cierto es que en un trabajo publicado en 1983, don Luis Murugaren, refiriéndose a la «República de Landerbaso» dice que «el silencio de los historiadores o eruditos nuestros sobre tal lugar, juntamente con el romanticismo que sigue emanando de aquella soledad en el agitado mundo actual, son los atractivos suficientes para que cualquiera trate de adentrarse por el camino desconocido de su historia».

Contamos con una generación de historiadores formidablemente preparados. Pero si entre ellos no hay uno que se interese por dilucidar en toda su profundidad el tema, un modesto aficionado cabezón intentará avanzar en sus pistas y sospechas buscando iluminar, en la medida de sus posibilidades, esta incógnita histórica.

Y nunca olvidará la promesa.

Porque nunca olvidará a quien fue un gran amigo.

LA SOLEDAD

El, rebuscando en un viejo baúl de deseos prohibidos, la encontró y la aceptó como amiga, ya que en esos momentos le pesaba demasiado la compañía de todo lo vivo.

Por eso, cuando de vez en cuando aparecía ella, él se sentía contento, su llegada significaba un buen momento para recordar, reflexionar o simplemente estar, si, estar sólo pero sabiendo que toda la tierra estaba con él.

A veces la soledad, que era muy traviesa, aparecía de repente cuando él no lo quería. Pero poco a poco consiguió casi domesticarla. Ser amigos simplemente. Amigos de verdad. Y se entendían muy bien. El murió una tarde gris de niebla y nadie se acordó de la soledad, ni de volver a guardarla en su caja, ni de ser su amiga. Y la soledad empezó a vagar indecisa, pegándose, quedándose con quien fuera, intentando no estar sola.

Primero buscó a los solitarios; a los de mirada triste y perdida, a esos que rinden con los ojos un poco de amor y de escucha. A esos sedientos de confianza, de alguien igual que ellos. Pero claro, soledad más soledad... ¡qué unión más vacía!

Y, sin desanimarse, la soledad siguió buscando y pensó en esos, en los rodeados de gentes, de cosas, de alegría...

Pero aquí también se equivocó. Estos estaban más solos que ella rodeados de tanta gente, de tanta que no era sino ruido, sino cuerpos sin capacidad de escucha y amor. Y la soledad, sin ánimos, iba pegándose a quien podía contagiándoles toda su ansia de gente, toda su tristeza y hastío.

Así, como de oca en oca, gira por el mundo. De vez en cuando encuentra alguien que no está solo de verdad y puede ser amigo de ella. Entonces la soledad se llena de seguridad, reflexión, se siente a gusto pues sabe que no es un peso para esa persona.

Y consiguen ser amigos.

ARANTXA